

10. CELSO GIMÉNEZ (Valencia, 1983) – **VIOLETA GIL** (Hoyuelos, 1983)
La Tristura (Madrid, 2004)

Cosmogonía silvestre

Seguramente no fue la primera vez que lo escuchamos, pero sí la primera que lo comprendimos de esta forma. Estábamos en la escuela de teatro de Madrid, un profesor que solo duró dos años dijo en clase: "...es un problema de invisibilización. Aquí os hablan de esto y de la otro, pero cuándo os han hablado de El Canto de la Cabra, de Angélica Liddell, de Lengua Blanca, de Sara Molina, de Matarile...".

Siguió hablando sobre cómo las escuelas públicas tenían el deber de dar a conocer el espectro más amplio de las artes escénicas del momento, y que para él los espacios en los que estaban pasando las cosas más interesantes no eran los teatros públicos ni los teatros nacionales.

Nos miramos y sonreímos. Ese cuestionamiento tan directo a la escuela no era habitual, nos hacía sentir que el mundo era un poquito más grande. Eran los primeros años dos mil y estábamos empezando a encontrar esos lugares, esas compañías a las que nos queríamos acercar. Durante toda la formación en la escuela, una gran parte de la creación escénica de nuestro país no existía. Eso no era teatro, eso no era interesante, eso no era nada. Nos daba rabia y nos fue generando una desconfianza profunda hacia la institución y la educación reglada. De nuevo, como en el colegio o el instituto, lo que nos interesaba, lo que nos seducía, no existía, no tenía valor, era invisible.

Años más tarde, alrededor de 2016, después de esas elecciones municipales que removieron el país, las Naves del Matadero de Madrid cambiaron de dirección gracias a un concurso público. Seguramente os acordéis, ya que "Madrid es España dentro de España".

La nueva dirección abrió una línea de programación diferente, más cercana a la "performance" y a los nuevos lenguajes internacionales. La respuesta de gran parte de la profesión teatral madrileña fue de estupefacción, incredulidad y rabia. Empezó una guerra que había estado soterrada. ¿Cómo era posible que unos artistas invisibles y sin valor ocuparan de repente uno de los mejores teatros del país?

No nos sorprendió, no nos alarmamos. Entendemos que debe ser difícil asimilar que alguien que no existe te arrebató un lugar que siempre ha sido tuyo. "¡Hemos perdido un teatro!", "¿cómo puede hacer esto un gobierno de izquierdas?", "que les den una nave de las que están vacías para que hagan sus cosas". Obviando que lo que echaban de menos era la centralidad, la legitimidad que te da el hecho de estar siempre visible.

Nosotros hemos tenido la suerte de poder trabajar en buenas condiciones, de presentar las obras en espacios que invisibilizaron durante décadas a varios de los artistas que nos hicieron dedicarnos a esto. Quizás tenga que ver con que somos un poco más pop, un poco menos *hardcore*, quién sabe. Lo que sí sabemos es que hay una generación mayor que nosotros que con escaso apoyo, con dolores cronificados, con promesas incumplidas, y con una sensación de orfandad que es difícil de comprender; vivieron y viven imaginando y creando teatro. El teatro que nos ha inspirado y movilizó. Y que es gracias a ellas que estamos aquí. Seguimos, seguimos, seguimos.